

EL ESTILO Y EL DISCURSO “INQUIETANTE” DEL ANALISTA¹

Fredy Ricardo Moreno Chia²

Institución Universitaria de Envigado, Colombia

frmoreno@correo.iue.edu.co

ORCID: 0000-0002-0045-1624

DOI: 10.17533/udea.affs.v16n3a11

Trato de demostrar a “amos”, a universitarios, incluso a histéricos, que un discurso diferente del suyo acaba de aparecer.

(...) solo estoy yo para sostenerlo (...)

(...) A mí para sostenerlo, a este lugar, me hace falta un estilo

(Lacan, Advertencia al lector japonés, 27 de enero de 1972)

Resumen

Este artículo es un avance de la investigación acerca de la función del estilo en la transmisión del psicoanálisis. En el presente texto se plantea que la relación entre discurso y estilo conduce a una problematización de esta última noción. En principio se toman dos citas extraídas de la enseñanza de Lacan para poner de manifiesto la relación entre el estilo y la teoría de

los cuatro discursos, para luego, hacer énfasis en el discurso del analista y, una variante de la escritura de ese discurso posibilitada por el lapsus calami de Lacan, partir de la cual presentamos una definición provisional de estilo acorde con este discurso.

Palabras clave: Estilo, Discurso del analista, Lapsus, Transmisión.

1 Este texto es un producto relacionado con la investigación relativa a la función del estilo del analista en la experiencia analítica, llevada a cabo en el contexto del Doctorado en Psicoanálisis de la Universidad de Antioquia.

2 Psicoanalista. Psicólogo y Magister en Investigación psicoanalítica, Universidad de Antioquia. Doctorando en Psicoanálisis de la misma universidad. Docente investigador de tiempo completo de la Institución Universitaria de Envigado. Integrante del Grupo de Investigación Psicología Aplicada y Sociedad (PAYS).

THE STYLE AND «UNSETTLING» DISCOURSE OF THE ANALYST

Abstract

This paper is a progress of the research on the function of style in the transmission of psychoanalysis. In this paper we propose that the relationship between discourse and style leads to problematizing this notion. Initially, two quotes from Lacan's teaching are extracted to reveal the relationship between style and the four discourses theory, and then, to

emphasize the analyst's discourse and a variant of the writing of that discourse that is possible because of Lacan's lapsus calami, to take it as basis for the proposal of a temporary definition of style in accordance with this discourse.

Keywords: style, analyst's discourse, lapsus, transmission.

LE STYLE ET LE DISCOURS « TROUBLANT » DE L'ANALYSTE.

Résumé

Cet article est issu d'un rapport d'avancement d'une recherche sur la fonction du style dans la transmission de la psychanalyse. L'on avance l'hypothèse que la relation entre discours et style mène à une mise en question de ce dernier. Tout d'abord l'on prend appui sur deux citations extraites de l'enseignement de Lacan, dans le but de mettre en relief la relation

entre le style et la théorie des quatre discours. L'on se focalise ensuite sur le discours de l'analyste et sur une variante de l'écriture de ce discours, manifestée par le lapsus calami de Lacan, grâce auquel l'on présente une définition provisoire du style conforme à ce discours.

Mots-clés : style, discours de l'analyste, lapsus, transmission.

Recibido:23/01/2019 • Aprobado:2/05/2019

Introducción

¿Cuál es la función del estilo en la transmisión del psicoanálisis? Esta pregunta que está en el centro de nuestra investigación doctoral no pareciera tener una relación directa con la teoría de los discursos propuesta por Lacan. Parece incluso un contrasentido plantear esa relación por el hecho de que la idea de estilo está asociada con frecuencia con una cierta manera de hacer, muy específica al interior de un ordenamiento que, en los discursos, por su distribución resulta fijo, y que no tendrían que reflejar esos modos particulares de operar. Tomado así, pareciera ser la extensión de la oposición entre lo particular del estilo y lo universal del discurso.

En el presente escrito intentaremos mostrar que, a pesar de ese parecer, el intento de plantear esa relación entre discurso y estilo puede conducir a una problematización de este último. Esta demostración contiene los siguientes momentos: en primer lugar se presentan dos citas de Lacan en las que el estilo se encuentra en relación con dos elementos centrales en la teoría de los discursos: el saber y la verdad; en un segundo momento se resumirán las características de estos dos elementos en el discurso del analista, por ser este el de particular interés en la investigación; en un tercer momento expondremos un lapsus de Lacan a partir del cual intentaremos presentar una definición de estilo que tiende a vincularse con otras nociones, como por ejemplo, el deseo del analista y el equívoco.

Las dos citas

En *El psicoanálisis y su enseñanza*, Lacan se hace esta pregunta respecto a la transmisión del psicoanálisis: ¿Lo que el psicoanálisis nos enseña... cómo enseñarlo? Al final ofrece esta respuesta:

Todo retorno a Freud que dé materia a una enseñanza digna de ese nombre se producirá únicamente por la vía por la que la verdad más escondida se manifiesta en las revoluciones de la cultura. Esta vía es la única formación que podemos pretender transmitir a aquellos que nos siguen. Se llama: un estilo. (Lacan, 1966/1957, p. 429).

De esta respuesta extraemos, en primer lugar: el estilo es la única vía de transmisión, lo que no equivale a decir que un estilo sea transmisible; es, si se quiere, un operador de la transmisión. En segundo lugar, el estilo se articula con la verdad, la más escondida; es un medio de su revelación y se manifiesta en las revoluciones de la cultura, es decir, da lugar a efectos que conmueven el orden cultural. El estilo forma. No se trata de una técnica, se trata de un estilo. No se trata de formar en un saber hacer que pudiera realizarse en un manual de técnica psicoanalítica. Es que el estilo no es susceptible de ser objeto de un saber, en todo caso, no se transmite.

Si existe un retorno a Freud por parte de Lacan, no parece ser en el sentido de ir a establecer la conexión con un original, ni copiar el estilo Freud; el trabajo de Lacan muestra que su retorno se hizo cabalgando sobre un estilo ya en él constituido. En este sentido, el estilo es lo que hace que ese retorno no sea una repetición. Así pues, una primera definición de estilo podría ser esta: el operador que permite el retorno con diferencia. El estilo hace diferencia, es lo que da lugar a lo diferente, es aquello que lleva a afirmar otra cosa sin dejar de hacer lazo con un decir preexistente.

Una segunda cita la extraemos de las primeras palabras de Lacan, expresadas en sus Escritos, en la llamada "Obertura de esta recopilación". Esas palabras muestran la importancia que tiene para Lacan el asunto del estilo, en una compilación cuyo título no es menor: Escritos. Allí toma como punto de partida la siguiente frase de Buffon: "El estilo es el hombre mismo". Lacan extiende esa frase para dar esta definición: "El estilo es el hombre. ¿Suscribiríamos a esta fórmula con sólo prolongarla: el hombre al que nos dirigimos?" (Lacan, 1966/1965, p. 21) que, como él mismo afirma, es un efecto del hecho de que nuestro mensaje siempre nos viene del Otro. La adición a la frase de Buffon es explicada por Lacan a partir del principio según la cual "en el lenguaje nuestro mensaje nos viene del Otro (...) bajo una forma invertida" (Lacan, 1966/1965, p. 21). No hay estilo sin Otro. En la afirmación "Que el inconsciente del sujeto sea el discurso del Otro (...) se manifiesta en el contexto de la experiencia analítica" (Lacan, 1966/1953, p. 256), y "El estilo es el hombre (...) al que nos dirigimos", encontramos una relación importante y es que del Otro se des-

prende un discurso que funda el inconsciente en un sujeto, al mismo tiempo que es en la orientación a ese Otro al que nos dirigimos donde aparece un estilo. En esa ampliación Lacan dice, el estilo no es el hombre mismo sino como producto del discurso del Otro.

Esta forma de pensar el estilo supone la entrada de una dirección, una orientación, que hace que una específica forma de hacer, de pensar, de escribir, esté determinada por aquel al que ese hacer, pensar, escribir están dirigidos. En la fórmula del mensaje ese Otro aparece como el lugar donde surge el mensaje que el sujeto emite de manera invertida.

Pero al final de esa misma "Obertura..." Lacan hará girar el problema del estilo sobre el objeto a. Así pues, si en primer momento pone el estilo en su relación con el Otro, luego lo desplaza hacia el objeto a -pensado allí como el resto de una operación simbólica en la que se constituye el sujeto dividido-. Afirma, en esta perspectiva, que es el objeto el que responde a la pregunta por el estilo que se planteaba al inicio de su texto, el objeto en la medida en que es un objeto caído; y dirá que "A ese lugar que designaba al hombre para Buffon, lo llamamos la caída de ese objeto, reveladora de lo que lo aísla, a la vez como causa del deseo en donde el sujeto se eclipsa y como sustentando al sujeto entre verdad y saber" (Lacan, 1966/1965, p. 22). Este pasaje en la "Obertura..." nos muestra entonces que allí donde Buffon ponía al hombre, Lacan sitúa la caída del objeto; el estilo viene a definirse en relación con lo que esa caída revela: la causa del deseo y el sostén del sujeto entre la verdad y el saber. Demos pues por descontado que el estilo no es ni la verdad, ni el saber, ni la causa del deseo, pero se define en relación con ellos.

Al mismo tiempo digamos podemos negar que el estilo sea el hombre, el estilo es el objeto, Lacan lo dice explícitamente en su escrito acerca de la juventud de Gide, en un contexto de discusión acerca de la letra y el deseo donde afirma que la obra de Jean Delay acerca de Gide "nos incita a modificar a nuestra voluntad el bufonesco aforismo, para enunciarlo: el estilo es el objeto" (Lacan, 1966/1958, p. 704), ello en razón a que Delay había escrito una obra, había desplegado su arte de escritor en función de su objeto al que se consagró, la obra de

André Gide. Ahora bien, si el estilo no es el hombre, Lacan se aparta de la idea de una estilización de la existencia, y se aparta también de comprender que el estilo sería aquello de más subjetivo, es decir como expresión de una interioridad considerada como auténtica. En esta perspectiva se trataría más del estilo como una objetivación en el sentido de que el sujeto es eclipsado por el objeto. Si tomamos en cuenta la afirmación de Lacan con respecto al objeto, que se encuentra en las “Respuestas a estudiantes de filosofía”, en febrero de 1966, podemos dar un paso más, allí dice: “El objeto del psicoanálisis no es el hombre; es lo que le falta, no falta absoluta, sino falta de un objeto. Pero hay que ponerse de acuerdo sobre la falta de que se trata, es la que deja fuera de discusión que se mencione su objeto” (Lacan, 2012/1966, p. 229). Así pues, el objeto del psicoanálisis es lo que falta en calidad de objeto, objeto no mencionable, no representable, es un objeto del que se dice que si el analista entra en relación con él, en el discurso analítico, es a condición de ser su semblante.

Ahora bien, si la verdad y el saber entran en relación en el estilo, eso quiere decir que este tiene cierta relación en el discurso analítico por ser aquel discurso en el que, como veremos más adelante, el saber se cruza con la verdad, ocupa el lugar de la verdad y así relacionados están en la dirección vectorial del objeto causa de deseo. Podríamos arriesgar que el estilo tomaría el valor de ser aquello por lo cual algo de la verdad puede pasar al saber. Pero en este punto es preciso advertir que eso que acabamos de decir coincide con la interpretación. Es decir, que es mediante la interpretación que un saber toca algo de la verdad. En este sentido, ¿para qué introducir una noción de estilo cuando tenemos una “suficiencia” epistemológica con el concepto de interpretación? Veamos si ese entrecruzamiento del saber y la verdad pueden decir algo del estilo que no se superponga con la lógica de la interpretación.

Estas citas de Lacan nos ponen de presente por lo menos lo siguiente: que la presencia de conceptos tales como el Otro al que nos dirigimos, la verdad, el saber, el objeto a, el sujeto, nos permiten acercarlo al tema de los discursos, y no sólo por una coincidencia semántica, como veremos. Además, vemos operarse un paso que va de pen-

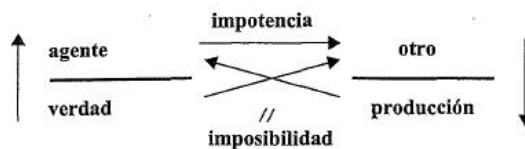
sar el estilo en la relación al Otro, bajo la fórmula el estilo es el hombre al que nos dirigimos, a pensar el estilo como el objeto, en el sentido en que este se funda en el objeto (caído). Así pues, se mantiene una dirección, pero varía su destinatario: el Otro y el objeto en cada caso. Tomamos nota del hecho de que esta perspectiva toca directamente temas como el fantasma, la alienación y la separación con respecto al estilo. Nos interesa ir, por ahora, en la perspectiva de los discursos y específicamente del discurso del analista.

El discurso del analista

Durante el seminario titulado El revés del psicoanálisis (1969-1970) Lacan formaliza su teoría de los cuatro discursos. La noción de discurso ha de entenderse, no como un conjunto de enunciados sino más bien, como una disposición de elementos, una estructura, que determina la producción de enunciados. La definición más estricta en este sentido es la que aparece en la introducción al seminario precedente, De un Otro al otro, se trata, dice allí, de "un discurso sin palabras" (Lacan, 1968-1969, clase del 13 de noviembre de 1968). Otra definición sigue, no obstante, una perspectiva distinta y es la que hace de los discursos formas de lazo social.

Lacan lleva al orden de la escritura su noción de discurso, como siendo sin palabras, por lo que su representación se realiza a partir de la combinación de una serie ordenada de cuatro términos, letras, que son móviles y están dispuestos en cuatro lugares que son fijos. Las letras rotan por estos lugares manteniendo una secuencia que dará, en cada cuarto de vuelta, una configuración distinta, un discurso distinto que, en su conjunto, son denominados matemas.

Los lugares fijos reciben los siguientes nombres:



Los términos móviles, que mantienen, sin embargo, una secuencia son: el sujeto dividido, Ξ ; el significante amo, S1; el saber, S2; el objeto causa de deseo y también llamado plus de goce, a.

No realizaremos un análisis pormenorizado de lo que implica cada uno de los cuatro discursos resultantes de esta combinatoria. Nos centraremos en particular en dos cuestiones: el saber y la verdad, en función del hecho de que son las nociones recurrentes a partir de las cuales Lacan define el estilo.

En la teoría de los cuatro discursos el saber es un término y la verdad un lugar, mientras que el saber (S2) es un término que pertenece al orden significante, junto con el significante amo (S1) y el sujeto (Ξ), la verdad es el lugar “que soporta cada uno de los cuatro discursos”. Todo término que en los discursos ocupe el lugar de la verdad queda velado, debajo de la barra, y constituye su secreto, un secreto que, dado los cuartos de vuelta de los discursos, va a imponerse en el siguiente discurso, según la ronda de los discursos. El discurso en el que el saber viene a ocupar el lugar de la verdad, como veremos, es el discurso de analista.

Del saber se puede decir en términos apenas generales que constituye el segundo necesario para el surgimiento del sujeto dividido, pero al mismo tiempo el S2 tiene un estatuto negativo con respecto al objeto a, en la medida en que el a viene a ser aquello que no puede pasar al orden del saber. Entonces, el S2 es por una parte condición para el advenimiento del Ξ , pero con respecto al objeto a, el saber encuentra su límite, no hay entre ellos una relación necesaria, sin embargo es posible su articulación, lo veremos, a continuación, particularmente en lo que concierne a la repetición.

En la clase del 14 de enero de 1970, titulada “Saber medio de goce”, se puede ver que Lacan sitúa al saber en una relación fundamental con la repetición, que ya estaba anunciada desde el seminario De un Otro al otro, cuando definía al saber como goce del Otro, esto es el goce articulado al significante. Un año más tarde afirmará que “La repetición tiene cierta relación con lo que, de este saber, está en el

límite y se llama goce" (Lacan, 1969-1970, clase del 26 de noviembre de 1969). En este sentido, de la relación del saber con la repetición, se repite aquello que ha fallado, ninguna experiencia de satisfacción es repetida, más bien es su fracaso el que se repite. Por lo tanto, el saber no sería sino el camino de reproducción, vía la repetición, de una pérdida, de la insistencia de lo fallido. El saber así considerado se opone al instinto en la medida en que este como un saber ancestral biológicamente heredado tiene una función filogenética importante: la supervivencia de la especie; mientras que el saber del que habla Lacan es más bien la forma en que el goce, como camino a la muerte, adquiere una dimensión repetitiva e insistente.

Esta idea en torno a la repetición es subsidiaria de los desarrollos que Lacan ya había efectuado en la clase del 17 de diciembre de 1969, titulada "El amo y la histérica". Allí diferencia entre el conocimiento y el saber, el primero correspondiente con aquello que en el orden imaginario podemos representarnos como conocido o susceptible de conocer; mientras que el saber, según se puede extraer de la experiencia de cualquier análisis, es "algo que une a un significante S1 con otro significante S2 en una relación de razón". En este sentido, el saber es aquello que articula dos significantes sin ninguna participación del conocimiento. En otras palabras, el saber vendría a ser eso que se dice, es el inconsciente en el sentido en que es definido como "saber que habla solo" (clase del 11 de febrero de 1970), que sigue la misma idea del inconsciente como un saber sin sujeto.

Podemos, por ahora, tomar nota de dos variantes del saber, por una parte un saber que habla sólo y que sería el inconsciente mismo y un saber que articulado a la dimensión del goce toma el nombre de repetición, constituyéndose el antagónico del instinto en principio por una razón, aquel es un saber ancestral que está orientado a la vida, mientras que la repetición muestra a un saber al servicio del goce como camino hacia la muerte. A estas dos variantes de saber se le suman otras que se extraen ya de las propias formas que adquiere el saber según su disposición en cada uno de los discursos. Veamos cómo es esa disposición para el caso específico del discurso del analista:

$$\frac{a}{S_2} \longrightarrow \frac{\$}{S_1}$$

Figura 1. Fórmula del Discurso del analista.

Tomada de: El seminario 17: el reverso del psicoanálisis. Clase del 17 de diciembre de 1969.

En la fórmula del discurso del analista se observa que el saber está en el lugar de la verdad. Es el fundamento de una definición de analista en la perspectiva de aquel capaz de hacer venir al saber a ocupar el lugar de la verdad. La producción de S1 viene a ocupar un lugar que, sin embargo, no está en relación directa con la verdad, pero que se ha producido más allá del saber, como límite respecto a esta verdad. El objeto a en el lugar del agente indica la posición del analista que, como semblante de a, se dirige al sujeto dividido para que produzca los significantes amos a los que se encuentra identificado. Ese saber en el lugar de la verdad tiene otras perspectivas, la del analista como sujeto supuesto saber, y la de la interpretación como, según dijimos, aquel saber que toca a la verdad. Dichas estas características, ¿dónde ubicar el estilo en el discurso? Si Lacan afirma que, como hemos puesto en el epígrafe: “Trato de demostrar a “amos”, a universitarios, incluso a históricos, que un discurso diferente del suyo acaba de aparecer. (...) solo estoy yo para sostenerlo (...) A mí para sostenerlo, a este lugar, me hace falta un estilo” (Lacan, 2012/1972, p. 524), ¿dónde ubicar ese “sostén” en este discurso?

Si el estilo es el objeto y el estilo es el hombre al que nos dirigimos sería lógico establecer que el estilo ocupa el lugar del agente en el discurso del analista, allí como semblante de a y dirigiéndose al sujeto dividido □□□□□ en el lugar del Otro. Por otra parte, pensarlo así, el estilo va bien con el hecho de que el objeto caído sustenta al sujeto entre el saber y la verdad. Podríamos decir incluso que si, como semblante de a, el analista opera en tal calidad, es por mostrar lo que no se puede decir.

Una definición de estilo se puede extraer de lo antes dicho: el estilo muestra aquello que no puede decirse, que por otra parte es la misma definición que Lacan ofrece del semblante en su relación con la verdad. En efecto, en el seminario *De un discurso que no sería* (del semblante Lacan afirma:

(...) la apariencia no sólo es reconocible, esencial para designar la función primaria de la verdad, es imposible sin esta referencia calificar lo que forma parte del discurso, (...) La verdad no es lo contrario de la apariencia. La verdad, si puedo decirlo, es esta dimensión o esta demansión –si ustedes me permiten crear una nueva palabra para designar esos pliegues–, esta demansión, ya se los he dicho, es estrictamente correlativa de la apariencia, esta demansión, ya se los he dicho, esta última, aquella de la apariencia, la soporta. (Lacan, 1971, clase del 20 de enero de 1971).

Semblante y verdad se articulan en la producción de un discurso. La verdad es el reverso del semblante: pues si el semblante se muestra, la verdad queda oculta. La potencia del amo, en ese discurso, el del amo, oculta su división. Toda verdad está entonces ligada a un semblante del cual es su contracara. Lo más importante de esto, a nuestro modo de ver, es que es imposible acceder a la verdad de quien sostiene una posición si no es por la vía de un semblante del cual parte un discurso. Y según esta referencia el semblante se sostiene en la verdad. El discurso del analista pone en la verdad al saber: ¿es esa la verdad que sostiene la posición del analista? Para decirlo en otros términos, ¿es en el saber que se funda un estilo? Y si Lacan dice que todo discurso es de semblante y que "un sujeto como tal no domina en ningún caso esta articulación (del significante), pero es, hablando propiamente, determinado por ella" (Lacan, 1971, clase del 13 de enero de 1971), ¿cómo habría estilo allí donde el sujeto se reduce a la determinación discursiva? ¿No llevaría esto a afirmar que un estilo estaría dado por el discurso mismo y todo sujeto, inmerso en tal discurso, no haría sino reproducir ese estilo? ¿Decir esto no sería anular la idea de que un estilo es necesario para sostener un discurso y tendríamos que afirmar que un estilo está determinado por un discurso, o lo que es lo mismo no hay estilo sino del discurso? Y, finalmente,

¿no derivaría esto en la afirmación más extrema de que no hay estilo porque hay discurso?

Para intentar responder a estas preguntas, puntualizamos tres premisas que se pueden extraer del seminario De un discurso que no sería (del) semblante: a) No hay discurso que no sea de semblante. b) El semblante regula la producción de un discurso. c) El discurso regulado por el semblante determina la posición del sujeto, produce sujeto.

Dadas estas premisas intentaremos ahora sostener la idea que responde a las preguntas antes planteadas: hay estilo cuando un sujeto determina, causa, una modificación en la dirección de un discurso. En otras palabras, hay estilo cuando el sujeto, no todo determinado por un discurso, imprime en ese discurso una alteración. Agregaremos algo más, tal modificación no es efecto de una voluntad, sino que puede ser considerado un efecto de creación inconsciente, al modo de un lapsus.

Recurriremos a un lapsus de Lacan para mostrar las coordenadas de esta posibilidad de definición y aislar algunas consecuencias con respecto al concepto de estilo.

Lacan equívoco, ríe...

El 8 de marzo de 1977 en el contexto de su seminario titulado Lo no sabido que sabe de la una-equivocación se ampara en la morra, Lacan produce un lapsus calami. Este adviene justo después de definir lo real como lo imposible de escribir, y, por lo tanto, como lo que insiste en no escribirse, al mismo tiempo que implica la exclusión de cualquier sentido; condición contraria a la práctica analítica, puesto que, en ella, dice Lacan, "las palabras tienen un enlace". Y bien, aquí es donde aparece el lapsus de Lacan, en el orden justamente de la escritura del discurso del analista. Citaremos textualmente la versión presentada en Staferla y la traducción de Ricardo Rodríguez Ponte que describen con más detalle esta escena en comparación con la versión publicada por Miller en la revista *Ornicar*, en su número 16.

Así Lacan sigue su clase diciendo que:

El psicoanálisis sería de cierta manera lo que se podría llamar del chiqué³, quiero decir del semblante. $\frac{a}{f}$

De todos modos, así situé en el enunciado de mis diferentes discursos, la única manera pensable de articular lo que se llama el

discurso psicoanalítico. Les recuerdo (va al pizarrón) $\frac{a \rightarrow S_1}{f \quad S_2}$ que que el lugar del semblant donde puse al objeto a...que el lugar del semblante no es ese que articulé de la verdad. ¿Cómo es que un sujeto porque es así como, como designo la \square , cómo es que un sujeto, un sujeto con toda su flaqueza, su debilidad, puede sostener el lugar de la verdad, e incluso hacer que eso tenga resultados? Se ubica de esta manera, a saber que... un saber, ¿eh?

Voz de Jacques-Alain Miller, inaudible.

- ¿No es así como lo escribí en su momento?

El público - ¡No! ¡No! (bullicio).

Una voz - No, está todo invertido.

- Es así, es absolutamente exacto.

Jacques-Alain Miller - \square en el lugar de S1.

$$\frac{a \rightarrow f}{S_2 \quad S_1}$$

Una voz - Está mejor, está mejor (risas).

Jacques-Alain Miller - S1 en el lugar de S2 y S2 en el lugar de \square

- ¡¡¡Ah!!!

Jaques-Alain Miller - ¡S2 ahí! ¡... S2! ¡... 2! ¡... 2!

Una voz - ¡2!

Lacan ríe.

3 Galicismo empleado en el lunfardo para significar simulación u ostentación, también significa, según Ricardo Rodríguez Ponte, caretear y camelear.

– ¡Ah bueno! Ven que hay con qué enredarse... (risas y bullicio; alguien en las primeras filas: – un nuevo discurso, es el quinto) sí, esta indiscutiblemente mejor así (risas) está indiscutiblemente mejor así, pero es aún más inquietante así (risas). Quiero decir que la falla entre S1 y S2 es más que impresionante. Porque aquí (vuelve al pizarrón) hay, hay algo interrumpido. Y que, en suma, el S1 no es más que el comienzo del saber pero un saber que... que... que... que se conforma con comenzar siempre, como se dice, no llega a nada. Por eso cuando fui a Bruselas (suspira) no hablé del psicoanálisis en los mejores términos. Hay algunos de ellos, que reconozco, que, que están aquí. Comenzar a saber para no llegar a nada, eh, es algo que va, sobre todo bastante bien con lo que llamo mi falta de esperanza (suspira) pero, en fin, eso implica un nombre, un término, que me queda por dejarles adivinar. Las personas belgas que me escucharon hablar en Bruselas, eh, ellos son libres de contarles o no. (Lacan, 1977-1978, clase del 8 de marzo de 1977).

El psicoanálisis es una estafa, era eso lo que había dicho a los belgas, pero el periplo de este lapsus calami lleva a decir que lo que comienza con la estructura de la estafa termina en un lapsus, definido en este caso como como un decir/escribir sin sentido, o un decir/escribir sin pensamiento. Intentemos sacar rendimiento de ello, aunque eso signifique, por desgracia, instalar nuevamente el sentido. Pero respetamos algo de él, ese lapsus se debe medir en razón de que hace pasar algo de la necesidad repetitiva a la contingencia de lo posible, hace pasar a otra cosa. La corrección sobrevenida lo que ha hecho, para poner un ejemplo, es instalar de nuevo la necesidad repetitiva, instalar el discurso universitario, discurso donde el saber tiende a repetirse. Veamos pues los cambios:

$$\frac{a}{f} \rightarrow \frac{S_1}{S_2}$$

Versión inquietante

$$\frac{a}{S_2} \rightarrow \frac{f}{S_1}$$

Versión original

Este discurso en su versión inquietante comparte distribuciones de: el discurso del analista (a en el lugar del agente o semblante), del discurso de la histérica (el significante amo (S1) en el lugar del trabajo y el saber (S2) en el lugar de la producción) y del discurso del amo (□

en el lugar de la verdad). Esta escritura muestra pues que el discurso universitario no tiene cabida en esta versión del discurso del analista. Una definición pues del discurso del analista como del lapsus es que es aquello que se sustrae al discurso universitario.

El sujeto dividido en el lugar de la verdad, ¿qué implica?, ¿acaso que el analista en calidad de semblante de a opera teniendo como soporte su propia división? Lacan parece afirmar eso cuando se pregunta: "cómo es que un sujeto, un sujeto con toda su flaqueza, su debilidad, puede sostener el lugar de la verdad, e incluso hacer que eso tenga resultados?" Así pues, en esta versión no se trata del saber, eso que es apenas supuesto, sino de esa flaqueza, esa debilidad, esa falla. Este equívoco revela que el saber es desplazado por esa debilidad y pasa, ahora, a ser un producto.

Cuando Lacan repite el discurso, lo corrige a su versión original, se encuentra con la falta de esperanza:

Quiero decir que la falla entre S1 y S2 es más que impresionante. Porque aquí (vuelve al pizarrón) hay, hay algo interrumpido [refiriendo al piso de abajo en que S2 en el lugar de la verdad y S1 en el lugar del producto están interrumpidos en su relación por la imposibilidad]. Y que, en suma, el S1 no es más que el comienzo del saber, pero un saber que... que... que... que se conforma con comenzar siempre, como se dice, no llega a nada. (Lacan, 1977-1978, clase del 8 de marzo de 1977).

En el discurso inquietante hay, sin embargo, una gran diferencia, el saber en el lugar del producto está por delante del significante amo, como un saber producido a partir del trabajo que se ha hecho operar sobre esos significantes primordiales. No sólo ya no hay interrupción, sino que hay saber al final, pero al mismo tiempo ese saber queda en ese lugar (del producto) imposibilitado de llegar a la verdad. Se debe considerar, por otra parte, y esto es quizá lo más significativo de estos cambios operados, que ese saber al cambiar al lado derecho deja de estar referido a la función del analista (debajo del agente del discurso), y pasa a ser el producto de la tarea del analizante.

¡Una división puesta a operar para dar resultados! ¿Acaso no es ese el origen del psicoanálisis?, cuando un hombre como Freud decidió abandonar, como dice Lacan en su seminario sobre Los escritos técnicos de Freud, las premisas devenidas del mundo de la fisiología, de la física, de la anatomía. Abandonando ese saber, Freud “Osó atribuir importancia a lo que le ocurría a él, a las antinomias de su infancia, a sus trastornos neuróticos, a sus sueños. Por ello, es Freud, para todos nosotros, un hombre situado como todos en medio de todas las contingencias: la muerte, la mujer, el padre” (Lacan, 1981/1953-1954, p. 12). Un hombre como todos nosotros no es, precisamente, un ideal, ni una excepción humana, sin embargo puso a operar su división con efectos de invención. Citemos un poco más a Lacan: “Freud sabe desde el comienzo que sólo si se analiza progresará en el análisis de los neuróticos.” (p. 13). Pero, entonces, ¿se trató en el caso de Freud de un abandono de aquellos saberes propios de la formación médica para tomar en cuenta el saber producido por el análisis propio? Si fuera eso de lo que se trata, nos veríamos llevados a considerar la idea de que es el saber (cualquiera sea) el que agencia el discurso del analista desde el lugar de la verdad.

El discurso inquietante del analista muestra, justamente, como hemos señalado, un rechazo absoluto a toda la lógica implicada en el discurso universitario, no posee con él ninguna coincidencia. El desalojo del saber del lado derecho del discurso del analista y su sustitución por el sujeto dividido nos muestra que, en el fundamento del semblante, en su base, en el lugar de la verdad, sólo encontramos esto: el no saber.

Ese no saber es la “determinación particular” que está en los orígenes del psicoanálisis, y a nuestro modo de ver en cada análisis, y la garantía de su transmisión, no en el orden de la enseñanza, por supuesto, sino del acto analítico. Esa determinación elevada a la condición de estilo, es decir, como puesta en operación de dicha “debilidad” para la producción de una invención del analizante.

Y ¿qué hacer con estas dos fórmulas del discurso del analista, la original y la inquietante? ¿Dónde ubicar al estilo en esa modificación? Quizá no sean contradictorios, quizá nos plantean la posibilidad de

pensar que no hay un discurso analítico sin que algo falle en su estructura que permita que se produzcan cambios de posición. El estilo es lo que produce la transición entre un discurso al otro, de un discurso del analista a otro discurso del analista. Si para Lacan es necesario un estilo para sostener ese discurso, ese estilo no es ajeno a un modo de fallar, él es el modo particular de fallar al saber en la operación analítica. El lapsus calami, que hemos expuesto, parece ser la demostración en acto del mismo discurso analítico, y que se lo rectifique es un acto propio del discurso universitario.

Referencias

- Lacan, J. (1966/1953). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En: T, Segovia (Trad.), Escritos 1 (pp. 231-309). México D.F, México: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (1966/1957). El psicoanálisis y su enseñanza. En: T, Segovia (Trad.), Escritos 2 (pp. 411-431). México D.F, México: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (1966/1958). Juventud de Gide o la letra y el deseo. En: T, Segovia (Trad.), Escritos 1 (pp. 708-726). México D.F, México: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (1966/1965). Obertura de esta recopilación. En: T, Segovia (Trad.), Escritos 1 (pp. 21-22). México D.F, México: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (1981/1953-1954). El Seminario de Jacques Lacan, libro 1: Los escritos técnicos de Freud. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2008/1968-1969). El Seminario de Jacques Lacan, libro 16: De un Otro al otro. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2008/1969-1970). El Seminario de Jacques Lacan, libro 17: El reverso del psicoanálisis. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2012/1966). Respuestas a estudiantes de filosofía. En: Graciela Esperanza y otros (Trads.), Otros escritos (pp. 219-229). Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2012/1972). Advertencia al lector japonés. En: Graciela Esperanza y otros (Trads.), Otros escritos (pp. 523-528). Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (1971). Seminario 18. De un discurso que no sería (del) semblante. Versión crítica de R, Rodríguez. Buenos Aires, Argentina. Recuperado de <https://www.lacanterafreudiana.com.ar/lacanterafreudiana/jacques-lacanseminario18.html>.

Lacan, J. (1976-1977). Seminario 24. Lo no sabido que sabe de la una-equivocación se ampara en la morra. Versión crítica de R, Rodríguez. Buenos Aires, Argentina. Recuperado de <http://www.psicoanalisis.org/lacan/seminario24.html>.